

defensas que se conservan, y que he tomado de la coleccion que cité en el dia anterior, publicada por el taquígrafo Sabattier. Decía así:

«Señores: La señora de Hebert, mi representada, pertenece á una familia modesta, pero honrada, y el matrimonio que contrajo no fué, como quizá se insinuará maliciosamente, un vergonzoso mercado; de edad de 20 años, tenia una gran belleza, don á menudo funesto; una gracia extraordinaria y un alma entusiasta; su carácter, la poca prudencia ordinaria de su edad, la dejaban sin defensa contra las seducciones de que estaba rodeada, le hacian más necesaria la proteccion de un marido, y debia esperar que encontraria esta guía en un hombre de 38 años. No ha respondido á tales esperanzas la conducta de Mr. Hebert; apenas casado, lanzó á su mujer en el torbellino de un mundo disipado, y la rodeó de jóvenes distinguidos y especialmente ricos, no mostrándose celoso más que de los que no lo eran.—Cuando leais la correspondencia de este marido, vereis, señores, qué repugnantes consejos dá á su mujer.

»Los dos esposos despleaban un lujo inaudito; tenian un tren de casa soberbio, caballos, coches, numerosos criados; todo esto ha durado 10 años; 10 años de una vida elegante y afortunada que solamente se comprende cuando se conoce la existencia de ciertas mujeres de nuestro mundo parisien.—¿Quién atendia á los gastos que exigia tal género de vida? ¿Seria Mr. Hebert? Este poseia una pequeña fortuna de 100 á 150.000 francos que ella habria disipado veinte veces.—Mr. Hebert no pagaba nada, pero servia para hacer frente á los proveedores; él se ocupaba de cálculos infames y alimentaba esperanzas bajas é indignas; si alguna vez dejaba escapar esos gritos de celos que el corazon en ciertos momentos es impotente para contener, volvía bien pronto á sus habituales sentimientos y dejaba correr á su mujer á Baden, Wiesbaden ó Hamburgo, entregándola sola á todos los peligros de esas casas de juego. Semejante cinismo es espantoso. Durante estos viajes, los dos esposos se escribian frecuentemente; dos cartas del marido han escapado milagrosamente á la general destruccion. Nada podria retratar mejor lo que era este hombre, que el contenido de estas cartas, que entrego sin comentarios al Tribunal; están dirigidas á Mme. Hebert, á la sazón en Baden.»

Y sigue la defensa.

A diferencia de Dupin y de otros abogados que han escrito obras y publicado libros, Lachaud no se ha dado á conocer como escritor. Y no es extraño; la abogacia, señores, entiendo yo, y he oido á muchos que conocen lo penoso y difícil de la profesion, es incompatible con todo. Solo una verdadera vocacion de escritor y una facilidad